

Munich 1972

Javier García-Galiano

La búlgara Tatiana Popovna medía un metro y ochentainueve centímetros y pesaba cientodiez kilogramos. Era campeona de halterofilia y aquel jueves de agosto no había llegado a dormir al pequeño departamento que compartía con nueve atletas en la Villa Olímpica de Munich, como se lo informó, con una sonrisa maliciosa, la gimnasta Natasha Kristeva a su entrenador, Hristo Konstantinov, atribuyendo el hecho a que la noche anterior los mexicanos habían organizado una fiesta para celebrar que uno de sus boxeadores había ganado una medalla de plata.

Konstantinov conocía la debilidad de Tatiana Popovna por los hombres y el aguardiente, por lo cual se permitió esperarla pacientemente en el gimnasio, donde, entre un olor a brea, metal y sudor rancio, las deportistas se preparaban para la competencia. No olvidaba que cuatro años antes, en los Juegos Olímpicos de México, había ganado la medalla de oro sobreponiéndose a los estragos de una noche de borrachera y lujuria. El sonido de las pesas y los resoplidos se transformó en un silencio denso, que apenas interrumpían algunos murmullos.

Konstantinov miró el reloj dominando sus gestos y sintiéndose observado por entrenadores y pesistas enemigos. Tuvo que contenerse cuando el torneo comenzó y llamaron a las primeras competidoras, las cuales, sin demorarse, se esforzaban en levantar el peso mínimo exigido para acceder a la final. Cuando una coreana se falseó el tobillo en su intento pujante por demostrar su fortaleza, se abrió la puerta del gimnasio para alivio de Hristo Konstantinov, que, sin embargo, sólo vió aparecer a un camillero.

Para los jueces, aquellas pruebas preliminares resultaban una rutina, aunque entre el público no faltaban quienes celebraban con sus aplausos aislados a las pesistas que lograban superarlas. En la quietud de la sala, en cuyo escenario únicamente había una pesa enorme y un poco de brea, surgió el desconcierto cuando anunciaron a Tatiana Popovna, pues ante su ausencia, tuvieron que repetir su nombre. Algunos hombres con saco y corbata se apresuraron en puertas y pasillos mientras los jueces descansaban de su hastío y, como un eco, se escuchaban toses y comentarios esporádicos. El nombre de la campeona olímpica se profería por última vez en el sonido local cuando uno de los hombres de saco y corbata apareció en una puerta ostentando negaciones con la cabeza y los brazos. Entonces, Tatiana Popovna fue descalificada por *default*.

Aunque se trató de encubrir, la noticia de la desaparición de la campeona búlgara de halterofilia se propagó por la Villa Olímpica como un rumor que confundió a los atletas soviéticos, despertó envidias entre los polacos, burlas conmiseras entre los norteamericanos y suspicacias entre los funcionarios socialistas, que no pudieron disimular sus pesquisas.

Esa noche, Hristo Konstantinov gastó todo el sonido negro que había ahorrado en una cervecería de un barrio obrero de Munich y luego huyó, ignorando que, durante todo el día, cinco boxeadores, dos nadadores, una tenista, tres jugadores de fútbol y un marchista, todos mexicanos, habían recorrido la Villa Olímpica en busca de Tatiana Popovna.

Aunque los implicados hubieran querido evitarla, la policía alemana no pudo dejar de hacer su aparición. Se le reconoció por su uniforme verde. No hacía preguntas; sólo

vigilaba, imponiendo la suposición de que ya lo sabían todo. Los atletas le rehuían, los funcionarios trataban de ignorarla y los incautos la respetaban.

Tampoco se requirió de una denuncia para que conociera la causa de la ira de los deportistas mexicanos, que amenazaban cada vez más perentoriamente a los búlgaros: la noche de la fiesta con la que celebraban el segundo lugar logrado por el boxeador Alfonso Zamora, la medalla de plata con la que se le había premiado, había sido robada.

Tatiana Popovna había pertenecido a las Juventudes Socialistas y en Bulgaria se le consideraba una ciudadana ejemplar no sólo por sus habilidades físicas, sino por sus convicciones ideológicas. Por eso, se trató de evitar que se hablara de su desaparición, pues su defección representaba un escándalo.

Aquel jueves, a las cinco de la tarde, el inmenso local de la Hofbräuhaus estaba vacío cuando entraron dos hombres vestidos con traje negro y con lentes oscuros. Eran Athanasius Kremenliev Y Tzanko Tzvetanov, que se sentaron en una de las largas mesas y bebieron en silencio dos litros de cerveza en espera de un encuentro que nunca llegó.

Sin embargo, se entretuvieron observando a un turco que intentaba seducir a una rubia que parecía no haber cumplido 15 años y que los miraba con recelo mientras le hablaba en susurros a su elegida, la cual se dedicaba a tratar de comprender aquella musitación interesada, a la que se resistía con un dejo de inocencia y coquetería.

Kremenliev y Tzvetanov quizá hubieran querido presenciar el desenlace de esa historia incipiente, pero desistieron de hacerlo ante la escasa concurrencia que se anunciaba en esa cervecería tradicional. Poco después, se

les vió en la Maximilian Strasse contemplando los aparadores que exhibían distintas formas de lujo y elegancia. Todavía no terminaba de anochecer cuando llegaron a la Villa Olímpica para encontrarse, en los departamentos que ocupaban los deportistas búlgaros, con la presencia inesperada de la policía alemana.

Existían muchas opiniones que confundían los hechos. Según la entrenadora de nado sincronizado, Stella Letchkova, su presencia obedecía a un robo, pero el lanzador de jabalina Velko Iotov sostenía que se investigaba un secuestro. No faltaba quien aludiera al espionaje o de un intento de desestabilizar a los atletas. Sin embargo, finalmente se supo que buscaban a Tatiana Popovna.

Athanasius Kremenliev era secretario de la Federación Búlgara de Tiro y había acudido como delegado, cuatro años antes, a los Juegos Olímpicos de México, donde conoció a Tzanko Tzvetanov, el médico del equipo de lucha. Durante la cena en el comedor de la Villa Olímpica de Munich, comieron en silencio, tratando de descubrir en cualquier conversación los indicios de un misterio, escrutando cada rostro con disimulo, guardando las formas gastronómicas a pesar del hambre.

Esa noche, la gimnasta Natasha Kristeva fue vista introduciéndose subrepticamente, poco antes de la medianoche, en el departamento del doctor Tzvetanov, del cual salió en la madrugada con el rostro descompuesto, una felicidad perversa y un tufo delatador a alcohol barato.

Al atardecer del día siguiente, el doctor Tzvetanov no pudo dejar de advertir que, en la penumbra de un rincón de la sala de juegos de la Villa Olímpica, Natasha Kristeva, que era la quinceañera que había visto en el Hofbräuhaus, le hablaba en susurros a una clavadista china, que sonreía

contenidamente, aludiendo con la mirada al turco que la acompañaba aquel día, que jugaba billar con exultaciones bizantinas.

Según le comentó el lanzador de jabalina Velko Iotov al doctor Tzvetanov, la desaparición de la halterófila Popovna y sus consecuencias policiales obedecían a una venganza turca.

-¡Está clarísimo! -repetía disfrutando las sudoraciones producidas por el baño sauna- ¡Está clarísimo! Se trata de un secuestro de los turcos para desacreditarnos... Incluso el robo de la medalla de los mexicanos lo hicieron ellos para culparnos... ¡Está clarísimo!... El último que fue visto con la Popovna fue ese Vehbi Akdag... El luchador turco... ¡Está clarísimo!...

El doctor Tzvetanov lo escuchaba con indiferencia, pues se dedicaba a descansar en ese ambiente laxo de sanitario, pero en una taberna cercana a la estación central de tren, le confesó a Athanasius Kremenliev que Natasha Kristeva lo había visitado la noche anterior.

A Kremenliev le disgustaban las confidencias, por lo que intentó desentenderse bebiendo su *Weizenbier*, pero Tzvetanov insistió en referir detalladamente su historia nocturna.

-Me dijo que quería hablar conmigo; sólo hablar, y se tomó una botella de *rakia*. No paró de hablar en toda la noche, casi hasta la madrugada, cuando se fue.

Kremenliev apuró su cerveza para acentuar su desinterés.

-Me contó toda la fiesta de los mexicanos -agregó Tzvetanov distraídamente.

Athanasius Kremenliev respondió pidiendo otra cerveza.

-Todo empezó porque un boxeador mexicano ganó una medalla de plata, a lo cual no está acostumbrados, y por eso salió el tequila y la música ranchera.

El doctor Tzanko Tzvetanov encendió un cigarro antes de proseguir.

-La Popovna no estaba invitada; llegó atraída por el rumor de la fiesta. Como ella, acudieron muchos otros. A todos, conocidos y desconocidos, el boxeador Zamora les presumía su medalla y ahí empezó el problema porque se burlaron de él. Primero fueron risitas disimuladas, luego bromas hirientes y, al final, se pusieron a jugar con la medalla. Unos decían que se la ponían para ver que se sentía, otros la usaban la insignia y Lorenzo Muñoz, un waterpolista español, aseguraba, para molestar, que era falsa. En la cocina había discusiones por los refrescos, ya que Arturo Vázquez Ayala, un futbolista al que le dicen *El Gonini*, no quiso darle una Coca-Cola a una esgrimista, argumentando que las cocas eran para las cubas. En la puerta también había problemas porque un miembro del equipo de equitación, Fernando Terrazas, que habita uno de los departamentos vecinos, se apareció en bata de seda para solicitar que redujeran el escándalo, que no lo dejaba dormir, cosa que juzgaba imprescindible para estar en buenas condiciones en la eliminación del día siguiente. Al principio lo ignoraron, pero debido a que su insistencia se hacía más desesperada e incluso violenta, lo invitaron a unirse a la celebración, a lo que él se rehusó alegando que estaban desprestigiando a México. Lo cierto es que para entonces ya se practicaba el sexo en los cuartos - Tzvetanov interrumpió su relato para apagar su cigarro y beber un poco de cerveza.

-Pensé que se había tratado de una buena fiesta y no de una simple reunión -comentó Kremenliev aprovechando el

silencio-. Seguramente una de las que se refocilaban en los cuartos era la Popovna.

-La Popovna estaba en la cocina acosando a un maratonista keniano, que la miraba asustado -repuso Tzvetanov, retorciendo su cigarro en el cenicero para terminar de apagarlo-; queriendo seducirlo le puso la medalla del mexicano en el cuello y le dio un beso. Las burlas, mientras tanto, habían empezado a molestar al caballista Terrazas, que mostraba su enojo con palabras que creía injuriosas. El waterpolista Lorenzo Muñoz tuvo que intervenir para que no lo golpearan y trató de calmarlo diciéndole: “Tranquilo, *Fer*, no te vas a poner al nivel de ellos ¿verdad?”

-Las fiestas suelen despertar susceptibilidades -comentó con cierto hastío Athanasius Kremenliev.

-Pero los gritos que se querían ofensivos ocurrieron en la sala -prosiguió Tzvetanov ignorando el comentario de Kremenliev-, bueno, si a esa mesita y a ese sillón se le pueden llamar sala.

-Me lo imagino -acotó Kremenliev- con botellas vacías de cerveza, colillas desperdigadas de cigarro y vasos desechables usados impregnando los muebles y el piso de refresco.

-Algo así -se apresuró a decir Tzvetanov con una leve impaciencia-. El que se enojó por las insinuaciones de una tenista, Maluca Llamas, bastante gorda, por cierto, acerca de que Zamora había arreglado las peleas para poder llegar a la final, no fue el boxeador, sino El Gonini Vázquez Ayala, que le espetó varias veces que si volvía a decir eso le iba a romper la cara, aunque fuera mujer. Entonces Márquez, un miembro del equipo de remo, intervino porque se había enojado, y le dijo al Gonini que no le hablara así a la muchacha, que recordara que una mujer le

había dado la vida y que si seguía repitiendo esas cosas iban a tener que pelearse. El Gonini le contestó que “pus qué”, a lo que Márquez respondió diciéndole que “pus qué”, lo cual reiteraron varias veces hasta que empezaron los empujones, los pechazos y los amagos de golpes.

-La típica pendencia de borrachos -comentó Kremenliev.

-No fue ninguno de ellos quien dio el primer golpe y tampoco lo hicieron los de la puerta -prosiguió Tzvetanov para no perder el hilo de su informe-. La pelea ocurrió porque un marchista rumano fue descubierto cuando pretendía robarse la última botella de alcohol que quedaba, lo que le ganó más insultos y empujones que puñetazos y patadas, pero el jaloneo y los conatos de riña se extendieron por todo el pequeñísimo departamento e incluso hasta las escaleras del edificio. Muchos dejaron de reconocerse y no pocos se encontraron arrastrados por el simulacro de pleito afuera de la fiesta, a la que ya no dejaron regresar a nadie. Cuando los que quedaron se tomaban el último trago comentando el incidente, se percataron de que la medalla había desaparecido.

-Y no fue difícil culpar a la Popovna -concluyó Kremenliev.

-Desde entonces la andan buscando...

Athanasius Kremenliev no necesitó ver el reloj para saber la hora, por lo que pagó y salió sin despedirse. Tzanko Tzvetanov todavía se quedó fumando un cigarro soviético con una larguísima boquilla, que al terminar apagó con detenimiento.

Aquella mañana, la fotografía de Hristo Konstantinov, el entrenador de Tatiana Popovna, había sido publicada en los periódicos de Munich, Londres Y Nueva Dehli, entre otros; también en los de Sofia y Moscú, junto a una noticia que hablaba de diferentes maneras de la defección de ese

hacedor prodigioso de deportistas, que había decidido huir del comunismo. Con uno de esos periódicos, Tzanko Tzvetanov disimuló su presencia cuando descubrió, en una de las tabernas de la estación central, al turco que había visto en la Hofbräuhaus con la quinceañera rubia, que de nuevo lo acompañaba junto a una clavadista china.

Como el doctor Tzvetanov, sin necesidad de pesquisas, muchos en la Villa Olímpica sabían que Vehbi Akdag era un luchador turco al que no le interesaban las competencias, que Natasha Kristeva había renunciado a una medalla porque se sentía muy vieja para la gimnasia y que la clavadista china siempre cargaba un neceser. Tzvetanov no tuvo que fijarse mucho para advertir que Akdag ostentaba cierta abundancia de dinero en complicidad con Kristeva y la china, que mantenía su estúpida sonrisa mientras el atleta anatólico hablaba atropelladamente y la gimnasta búlgara corroboraba el orgullo que le producía su abrigo nuevo. El doctor Tzanko Tzvetanov ya había cerrado y doblado su periódico cuando Akdag, con la ansiedad con la que hablaba, apresuró a sus acompañantes, aunque no hubieran terminado sus bebidas, para dirigirse a uno de los andenes y abordar un tren a Salzburgo.

Antes de la partida de ese tren, en el Jardín Inglés, un hombre vestido con traje negro y sombrero de Lazar & Cía. fumaba distraídamente paseando en círculos; se trataba de Athanasius Kremenliev. Apenas había comenzado a oscurecer cuando un hombre obeso se dirigió con premura a su encuentro. No se saludaron, pero comenzaron a caminar juntos adentrándose en el parque. Debido a la barba, los pantalones de cuero y el sombrero bávaro no resultaba sencillo reconocer en ese hombre a

Hristo Konstantinov, que sacó de la bolsa del peto una medalla de plata y se la entregó a Kremenliev.

-La tenía un usurero de Rosenheim -dijo al desgaire.

Athanasius Kremenliev tomó la medalla y se la guardó desinteresadamente.

-En este momento hay una reunión en un hotel de Prienam Chiemsee para vender el secreto chino -continuó Konstantinov sin ver a su acompañante-. La encabeza el turco y allí se decidirá la suerte de muchos. Creen que la policía no sospecha nada, pero temen a los imponderables propios de los principiantes.

Al día siguiente, la medalla de plata apareció junto a una botella de tequila Olmeca en la mesa de la sala del departamento sw la Villa Olímpica que habitaba Alfonso Zamora con otros nueve atletas, el cual, sin embargo, dudó de la autenticidad del trofeo retribuido y no se consideró satisfecho con ese acto de justicia, sino que se impuso como un deber descubrir al culpable de esa afrenta.

Aquella noche, a la misma hora en la que lo habían hecho Vehbi Akdag, Natasha Kristeva y la clavadista China Xuejuan Zhiyong, el doctor Tzanko Tzvetanov abordó el mismo tren a Salzburgo.

En Rosenheim, se subió un hombre que intentando disimular su presencia la hizo evidente. Llevaba cuidadosamente un hato en las manos y recorrió los vagones escrutando de manera sospechosa a los pasajeros. Cuando vio a Tzvetanov titubeó un momento antes de abrir la puerta del compartimento, sentarse frente a él y mirarlo con una decisión exagerada.

El doctor Tzvetanov intentó el trato tácito que le proponía el desconocido mirando por la ventana a los pasajeros que esperaban con puntualidad a los trenes en el andén. No todos llevaban equipaje y no abundaban las

despedidas, y las que ocurrían resultaban escuetas. El doctor sintió la mirada del nuevo pasajero hasta que arrancó el ferrocarril y abandonó lentamente la estación. Entonces, cuando esa pequeña ciudad bávara comenzaba a ser itinerario pasado y el campo volvía a convertirse en paisaje ferroviario, escuchó su voz:

*-Speak English?*

Tzvetanov conocía demasiado esas provocaciones para impostar una conversación dizque circunstancial, por lo que no amagó ninguna respuesta, pero el desconocido no la esperó para proseguir.

*-Y have a business for you* -le dijo con torpeza confidencial- *a ganga.*

El doctor no pudo evitar cierta extrañeza, que el pasajero incipiente aprovechó para empezar a desenvolver los trapos del hato que encubría un misterio.

*-This is very expensive* -dijo el viajero sin recato-, *una joya, but Y give you for hundred dollars.*

El desconocido mostró, sin dejar de ocultarla del todo, una pieza precolombina.

*-Is original* -acotó el pasajero ignoto confiando en sus incorrecciones.

El doctor Tzanko Tzvetanov quiso examinar la estatuilla que se le ofrecía subrepticamente, pero el desconocido la escondió en un arrebató, afirmando con énfasis:

*-Es un Chac Mool.*

Tzvetanov lo miró con extrañeza despectiva.

*-Is more expensive, but Y give you in hundred dollars because Y need money* -explicó el viajante de manera atropellada, pretendiendo recurrir a la conmisceración.

Peró el doctor Tzvetanov impuso su indiferencia oficiosa incluso cuando el desconocido se apresuró a envolver de

nuevo su escultura en aquel trapo, se levantó y desapareció del vagón con celeridad.

Muy poco después, en la puerta del compartimento se presentó el controlador pidiendo a los pasajeros los boletos para revisarlos.

A pesar del calor y de la luz veraniega que llegaba a iluminar el principio de la noche, el doctor Tzanko Tzvetanov se sentó en un rincón apartado del interior del restaurante Roma de Prien am Chiemsee para descubrir que la terraza junto al lago estaba vacía. Los meseros, sin embargo, parecían no poder aburrirse porque debían apresurarse con charolas cargando bebidas, *antipasti*, cestas de pan y cosas varias. Aun cuando para él la comida italiana representaba una obligación, el doctor pidió un plato de rigatoni al horno, que comió con parsimonia abundante en queso, ayudándose de un vino joven del Piamonte.

Sin necesidad de recurrir a la suspicacia, descubrió que los meseros se apresuraban hacia un salón oculto entre pasillos y escaleras, que se adivinaba por un rumor de humo, alcohol, platos, comida y cubiertos, y un amago de comentarios fraternales que justificaban una disposición festiva.

Aunque el queso derretido a veces lo distraía al comer, el doctor Tzvetanov no dejó de percatarse de que de una oficina aledaña a la cocina, salieron, disimulando una sonrisa, un hombre corpulento que se embozaba en un inmenso bigote y el luchador turco Vehbi Akdag.

El servicio profuso de botellas de Champagne anunció un aumento de efusividad en el salón apartado, donde la disposición de sillas, mesas, platos, tazas y ceniceros revelaban una intimidad plácida. Tzanko Tzvetanov no requirió de sagacidad para reconocer, entre quienes se

divertían en ese comedor a la clavadista china Xuejuan Zhiyong y a la gimnasta búlgara Natasha Kristeva, que celebraba obscenamente cualquier desplante jocoso.

El doctor Tzvetanov todavía tuvo tiempo de fumarse un cigarro antes de tomar, a las 11:47, el último tren a Munich. Cuando llegó a la Villa Olímpica y creía que el día había terminado, una puerta se abrió para que una voz lo llamara en la oscuridad.

Se trataba de Athanasius Kremenliev, que no prendió la luz para hablar con él. En las ventanas, sin embargo, se reflejaban la patrullas policiales, que se habían intensificado ostensiblemente.

-No nos equivocamos -dijo Kremenliev encendiendo un cigarro-; ya lo hicieron.

El doctor Tzvetanov sabía que se refería al robo de la brea que se utilizaba en las competencias de gimnasia y halterofilia.

-La policía no me preocupa -continuó el secretario de la Federación Búlgara de Tiro-, al contrario, es una buena ayuda. El problema son los mexicanos que siguen buscando a los que se robaron su medalla. Hay que hacer algo con ellos antes de que se pudra el trabajo.

No se necesitó que se publicara la noticia en los periódicos para que se supiera que la brea recurrida en ciertas disciplinas olímpicas había desaparecido, por lo que las quejas y las burlas abundaron como una humillación. Las peticiones desesperadas del comité organizador a una empresa de Detroit, que se dedicaba a la venta de ese elemento a los equipos de beisbol, resultaron vanas, obligando a los atletas a ampararse en otros recursos como la tierra, los azúcares o el salivazo.

Esa noche, el doctor Tzvetanov no pudo dejar de sorprenderse cuando descubrió en la mesita de la sala del

pequeño departamento de Athanasius Kremenliev una figura que no había olvidado; era aquella invención supuestamente prehispánica que le había ofrecido en venta un pasajero desconocido en el tren en el que viajó a Prien am Chiemsee y al que llamaba “Chac Mool”.

No necesitó de preguntas ni pesquisas para saber que Hristo Konstantinov se la había comprado a un anticuario de Rosenheim en quince marcos. Antes de enterarse de ello, Kremenliev le refirió que la cena que había presenciado en el restaurante Roma de Prien am Chiemsee había devenido en escándalo cuando la clavadista china Xuejuan Zhiyong personificó una histeria gutural aguda con profusión de manotazos y patadas pueriles, lágrimas, jalones desesperados de pelo y lamentaciones incomprensibles. Luego de un desconcierto común, de un intercambio cómplice de miradas, en el que alguno apenas pudo contener la risa, Vehbi Akdag trató de calmarla recurriendo a la ternura de palabras suaves y dizque consoladoras, que sólo recibieron como respuesta gemidos estridentes y gestos afrentosos, los cuales transformaron las frases comprensivas del luchador turco en un ex abrupto injurioso, que causó los reclamos exacerbados de la gimnasta búlgara Natasha Kristeva. Hubo gritos, amagos de golpes y empujones, blasfemias, amenazas e imprecaciones. El bigotón italiano intentó llamar a la calma, pero terminó desgañitándose como los otros. Más que la cordura, al final se impuso el cansancio. Fue cuando se inteligió que la desesperación monosilábica de la clavadista china Xuejuan Zhiyong obedecía a que su neceser había desaparecido.

Al día siguiente, en la Alberca Olímpica, donde los ecos resonaban como un vestigio del esfuerzo entre las gradas casi vacías, Tzanko Tzvetanov comprendió la inquietud de

los entrenadores y funcionarios chinos y el desasosiego de la clavadista Xuejuan Zhiyong, que apenas pudo disimular con indolencia su desesperanza cuando los jueces calificaron con rigor sus torpes evoluciones para que su nombre apareciera en el penúltimo lugar de la tabla de clasificación.

No sin alarma, dos días después, Hristo Konstantinov apareció en una estación de metro disfrazado de músico callejero latinoamericano para participarle a Athanasius Kremenliev una noticia atrasada: uno de los mexicanos que buscaban a los sospechosos de haber robado la medalla de plata de Alfonso Zamora, había descubierto las cajas de brea desaparecidas en el sótano de una casa de Prien am Chiemsee.

A Athanasius Kremenliev no le sorprendió que, al día siguiente, la prensa publicara que la policía alemana había encontrado finalmente a la pesista Tatiana Popovna, de la cual se creía que había huído de la Villa Olímpica por razones políticas. Pero, sin descartar desavenencias con el gobierno socialista de su país, su fuga había obedecido a causas sentimentales, pues mantenía un amorío con Giuseppe Marzano, propietario del restaurante Roma de Prien am Chiemsee.

Los susurros de complicidad y los chismes tácitos que suscitó ese hecho pronto los suplió otro escándalo porque la policía alemana había detenido al luchador turco Vehbi Akdag debido a que había aprovechado su condición de deportista y su participación en los Juegos Olímpicos para vender heroína.

No pocos habían sospechado de los negocios de ese practicante de lucha grecorromana que se exhibía con niñas y dinero, pero se decía que quien lo había delatado era Arturo Vázquez Ayala, al que llamaban *El Gonini*,

por haber contraído una enfermedad venérea en una aventura prostibularia en centroamérica, y el cual sostenía que el turco había hurtado la medalla de plata de Alfonso Zamora, que aun cuando ya había aparecido, repetía el supuesto delator, “*pus* se la habían robado”.

Mientras desayunaba en el comedor de la Villa Olímpica, leyendo los resultados y las incidencias de los juegos en el periódico, Athanasius Kremenliev oyó que le decían:

-Ese es el ladrón.

No necesitó voltear a verlo para reconocer que quien le hablaba era Tzanko Tzvetanov, que miraba despectivamente al futbolista mexicano de apodo enigmático.

Kremenliev apenas levantó la vista del periódico para identificar al aludido.

-Fue la figurita autóctona la que lo delató, aquella que le vendió al anticuario de Rosenheim -dijo refiriéndose al Chac Mool que había visto en la sala del departamento de su interlocutor-. Trató de vendérmela a mí en el tren a Prien; mucho más cara, por supuesto. Debido a que no encontró a ningún incauto al cual timar, recurrió al mismo quincallero al que antes le había malbaratado la medalla del boxeador. Las cosas suelen ser más sencillas de lo que parecen.

-Pues el Chac Mool es original -comentó Kremenliev-; ya está en un museo de Sofia.

Después cerró el periódico y se retiraron en silencio, sabiéndose observados por un chino.

Durante la jornada del viernes 1 de septiembre, Valery Borzov corrió los cien metros planos en diez segundos con catorce centésimas para ganar la medalla de oro, Ruth Fuchs triunfó en el lanzamiento de jabalina y Joyef

Zapedzki impuso nuevo *record* mundial en pistola de tiro rápido. Ajeno a esos juegos, en Reykiavik, se reconocía a Bobby Fischer como campeón mundial de ajedrez porque Boris Spasky no se presentó a la última partida y, por teléfono, aceptó su derrota. Entre los búlgaros, sin embargo, surgía otra vez el desconcierto, pues no se había visto a la gimnasta Natasha Kristeva desde que el doctor Tzvetanov la descubrió entre los invitados a una cena en el restaurante Roma de Prien am Chiemsee, por lo que se temía una defección más.

Tzanko Tzvetanov tenía la costumbre de no dormir, pero aquella noche, sin darse cuenta, había empezado a soñar con imprecisiones oníricas que no recordaría, acaso con el placer del descanso, con una geografía ignota, con una persecución en la que la policía secreta tocaba la puerta con insistencia. Todavía tardó un poco en distinguir la realidad del sueño y percatarse de que la que sonaba era su puerta. Somnoliento, tratando de recuperarse del reposo interrumpido, abrió para encontrarse, en la oscuridad del umbral, el rostro de Athanasius Kremenliev, que sólo le dijo con un apresuramiento sin afectaciones:

-El tren sale a las 11:17, vámonos.

Tzvetanov apenas tuvo tiempo para avergonzarse por haberse quedado dormido y, sin lavarse la cara, siguió a Kremenliev con un dejo de premura disimulada. En la calma nocturna de la Villa Olímpica, algunos chinos los vigilaban.

En el silencio de la estación central, entre ferrocarriles detenidos, aparadores en penumbra y la soledad de las taquillas, Kremenliev y Tzvetanov no pudieron evitar el eco de sus pasos. El controlador los vio a lo lejos caminar en el andén, esperando que el reloj señalara la hora.

Cuando subieron al tren, se oyó un silbatazo y las puertas se cerraron.

Los vagones estaban vacíos, por lo que los chinos que se sentaron dispersos no pudieron ocultarse. En muchas de las estaciones del trayecto, algunas de las cuales eran sólo un magro andén de cemento, nadie aguardaba al ferrocarril. En Rosenheim, la luz eléctrica acrecentaba la espera y la quietud. Al llegar a Prien am Chiemsee, Athanasius Kremenliev y el doctor Tzanko Tzvetanov se dispusieron a bajar, pero una seña discreta de un vagabundo apostado en una banca de la estación los disuadió de hacerlo.

También los chinos reconocieron en ese vagabundo al supuestamente desaparecido Hristo Konstantinov y observaron al acecho la creciente impaciencia de los búlgaros, que en Traunstein cambiaron de vagón.

Había sido El Gonini Vázquez Ayala quien les dijo a los chinos que Natasha Kristeva era la autora del robo del neceser de Xuejuan Zhiyong, por lo que perseguían pacientemente a los búlgaros a la espera de la venganza.

En Traunstein, el tren se detuvo largo tiempo entre ruidos mecánicos, movimientos ferroviarios y gritos, que en la oscuridad resultaban más nítidos. Un golpe de vagón anunció la partida. El paso del ferrocarril por la noche parecía un acontecimiento, el sonido de las vías suplía al paisaje y al sueño, la luz mortecina del vagón sugería un desamparo y el silencio significaba una complicidad. Por eso, cualquier sonido se convertía en un presagio y el de la puerta acabó siendo más pesado. Ninguno necesitó verlo para saber que quien había entrado era el controlador, que se presentó a la manera acostumbrada, diciendo:

*-Fahrscheine, bitte! Tickets, please!*

Fue entonces cuando los chinos se enteraron que el tren en el que viajaban se dirigía a Salzburgo y que en Traunstein se había dividido en dos para que algunos vagones terminaran su recorrido en Bad Reichenhall.

Bad Reichenhall es una ciudad ferroviaria, en la que las vías se extienden como un llano. Aquella noche, entre coches aislados y ferrocarriles en vías muertas, Giuseppe Marzano se encontró con Athanasius Kremenliev y el doctor Tzanko Tzvetanov. Hablaron poco, pero entendieron que el negocio se había consumado. Marzano había recibido la heroína oculta en la brea destinada a la gimnasia y la halterofilia olímpicas y había dispuesto que se utilizara la logística de distribución de la droga para entregar el armamento y las balas provenientes de Bulgaria para la guerrilla urbana.

Poco después, Kremenliev y Tzvetanov tomaron un tren a Praga, desde donde volaron en avión a Sofía. Allí ya se encontraba Natasha Kristeva, que había entregado el neceser de la clavadora china Xuejuan Zhiyong al Comité Olímpico para que estudiara las sustancias prohibidas que contenía, las cuales ayudaban a los atletas a mejorar su rendimiento. Tatiana Popovna vivió como desertora en Alemania Federal hasta la caída del Muro de Berlín, cuando se descubrió que se había dedicado al espionaje en favor del gobierno de Bulgaria. Arturo El Gonini Vázquez Ayala es actualmente entrenador de un equipo de fútbol de Segunda División.